

pero no me la apretó” (pág. 125). En efecto, Lauri fue perdiendo determinación, y eso exasperó aún más a Carl, quien tuvo que marcharse solo a Filadelfia. Allí supo que Lauri había vuelto a visitar a Mamá, y que además fue una vez a casa de un amigo en Filadelfia para intentar una reconciliación. Carl, que declara en la página 134 que “El día que me fui [de Raleigh] fue el más duro de mi vida”, se niega a ver a Lauri, aclarando con verdadero humor negro (bilis negra): “Claro que quería verla. Pero yo acababa de alquilar el apartamento y de pagar el primero y último mes de arriendo, más el depósito. Además, tenía una gripa horrible. (Dicen que en esas ocasiones las defensas se le bajan a uno). Así que le dije a mi amigo que le dijera a su mujer que le dijera a Lauri que no. Tenía miedo de perder la determinación” (pág. 136). Conclusión: Carl se separa de su primera esposa, no por ella, sino por no dar su brazo a torcer con Mamá. Y me he extendido en este episodio, porque pienso que desde allí (y no antes) aparecen explicadas las tensiones entre Carl y Mamá (y esto ocurrió a comienzos de los años ochenta). ¿No se vino a Colombia por las mismas razones, muchos años después? Nunca se habla de las circunstancias de este viaje por parte de Carl, ni dónde ni cuándo aprendió español, etc...

Así que Carl también es –bueno, lo vemos con muchas ambigüedades desde el comienzo de la novela– un oponente de Mamá. Y al poner distancia, verdadera distancia, internacional, de paso quiere enviar el mensaje (que envía muchas veces, y a veces de manera clara) de que su familia le importa un gran cuerno. Que el abuelo se va a morir...; que se muera. Que Mamá está enferma...; que se las arregle; que Mamá quiere escribir sus memorias...; que se las escriba alguien que no sea de la familia. ¿Complejo? ¿Resentimiento? Todo ello, pero la verdad del secreto novelesco de *Cuestión de familia* es que tenemos que seguir avanzando en las páginas, a pesar de que Mamá se haya muerto y la hayan enterrado, para poder saber que esos resentimientos y la despiadada representación de Mamá como dama metida y tiránica es solo una apariencia. Poco a poco vamos entendiendo varias cosas: que la figura de Mamá, al

ser enfocada desde muchos ángulos, momentos y matices, va creciendo en humanidad y en estatura moral y afectiva; que las memorias que fueron por varios años manzana de la discordia entre Carl y Mamá son justamente las que nosotros estamos leyendo, y que además Carl fue preparando aún en vida de Mamá a través de investigaciones, apuntes en su libreta y visitas no tan obligadas; y que ante todo –pero esto es lo que irrumpe con inusitada fuerza sentimental en los dos últimos capítulos, en que se narra en detalle los últimos días y momentos de Mamá y sobre todo la aparición en escena de Jill, la hermana de Carl– que la familia a él –como a Mamá, que creía que la familia es lo más sagrado– sí le parece importante. Jill se convierte, en los días posteriores a la muerte de Mamá, en un reemplazo de Mamá, y ello en medio de insólitas confesiones sobre su adolescencia, sobre el dolor que le causaba la desatención de Mamá en los primeros años y sobre cómo también había tratado de controlar su vida y la de su esposo e hijos. Al final, el amor de los dos hermanos por Mamá (Dave, el otro hermano, es apenas un fantasma, como el padre ausente) vuelve a unirlos. Jill le dice: “Ahora que Mamá y Papá ya no están, tengo miedo de que no vuelvas” (pág. 237). “Claro que voy a volver”, responde él, tal vez sin darse cuenta de la incredulidad de Jill y de que el esquema de madre-hijo empieza a repetirse. Pero aún más significativas son la imagen y la escena a que alude el título de ese último capítulo, “¿De quién nos estamos escondiendo?”, una escena ocurrida en casa de Jill la noche después del funeral de Mamá: “El sobrino de Ed [esposo de Jill], un joven guitarrista de rock, lleno de tatuajes y con cola de caballo, nos preguntó a Ed y a mí si queríamos compartir un porro. Ed asintió y bajamos al sótano. Mientras nos congelábamos, exhalando volutas de vapor mezclado con humo, bajó el hermano de Ed, seguido de su esposa y, de última, Jill. Estábamos todos ahí abajo fumando cuando de repente dije: –¡Oigan, un momento! ¿De quién diablos nos estamos escondiendo?” (pág. 238). De Mamá, claro; de Mamá. “Y ahí fue cuando entendí que Mamá estaba muerta”.

Óscar Torres Duque

Aristócrata por convicción, revolucionario por necesidad

Francisco de Miranda
¿Soñador de absolutos?

VÍCTOR PAZ OTERO

Villegas Editores, Bogotá, 2011,
335 págs.

A PARTIR de 2004 el sociólogo Víctor Paz Otero ha venido editando, con el sello Villegas Editores, una serie de ocho novelas históricas, de carácter biográfico, centradas en figuras colombianas, venezolanas y ecuatorianas, de finales del siglo XVIII y del siglo XIX: Tomás Cipriano de Mosquera, José María Obando, Manuela Sáenz, Simón Bolívar, Francisco de Paula Santander y Francisco de Miranda. Hoy nos ocupa la última de estas biografías noveladas, dividida en dos partes y 63 capítulos cortos, fruto de una cuidadosa investigación, basada en el riguroso y ordenado diario y la correspondencia del precursor caraqueño Sebastián Francisco de Miranda y Rodríguez (1750-1816), y algunas otras fuentes, en especial narraciones de cercanos colaboradores de Miranda, consiguiendo conformar una bien lograda relación, en la que entremezcla la realidad con la ficción. El héroe era hijo de español y caraqueño, no perteneció a la elite mantuana, a la que detestaba por cuestiones familiares, pero siempre pretendió ser un aristócrata. Miranda partió muy joven, a los 21 años, de la Capitanía de Venezuela con rumbo a España, con el fin de vincularse al ejército del monarca español, esclarecer su limpieza de sangre, y conseguir un certificado de buena conducta de su padre don Sebastián Miranda.



En la primera parte de esta biografía novelada, que, bien mirada, muestra el periplo de la formación europea de Miranda, sus definiciones, etc., Paz Otero caracteriza, con acierto, la sociedad de castas dominante en la Capitanía, contra la que Miranda se rebeló muy temprano y con el tiempo intentó cambiar. Desde un comienzo describe al venezolano como un sibarita consumado, así como un hedonista inclinado por la estética, intérprete afortunado de la flauta, pagano, con una sorprendente facilidad para aprender idiomas, lo que le permitió dominar el francés, el inglés, el alemán y el latín. Aspectos que a lo largo de la obra desarrolla, entrelazándolos con la época de la Ilustración y el naciente liberalismo, para recrear la atmósfera en la que trascurrió buena parte del periplo vital del biografiado; muestra sus inclinaciones intelectuales por las matemáticas, la biografía, la historia, la geografía y cierta etnología, especialmente la de las particularidades y diferencias de los pueblos, así como cierta fascinación por los libros prohibidos, lo que le permitió formar una importante biblioteca especializada en la vanguardia del Siglo de las Luces, pero subrayando que nunca se especializó en nada, fue un diletante, y que a consecuencia de su azarosa vida muchas veces perdió parte de su biblioteca.

Desde que Miranda desembarcó en tierras españolas le dio rienda suelta a una vida placentera de esnob y sibarita, destacándose su pasión por mantener una curiosa colección de pubis femeninos, guardada en elegantes cajitas, producto de sus innumerables relaciones pasajeras, lo que no le costó mucho trabajo pues fue un consumado seductor; la famosa colección de cofres con pubis femenino la conservó hasta 1793, cuando la perdió en medio de acciones militares en Lieja. Se vinculó a la masonería, lo que le permitió concebir la arquitectura de un mundo nuevo.

Aunque sí perteneció a la milicia española como capitán, estuvo en La Habana y participó en algunas acciones bélicas, por lo que fue ascendido a teniente coronel, afrontó varios problemas, lo que le impulsó a viajar en forma clandestina, en junio de 1783, a Europa vía los Estados Unidos, e iniciar un largo trasegar, de más de

veinticinco años, por esos países. En América del Norte estuvo en Carolina del Norte, Filadelfia, Nueva York, Boston y Salem; conoció a George Washington, personaje por el que no sintió mayor simpatía, en realidad durante su permanencia en la joven nación solo se impresionó con Samuel Adams; a mediados de diciembre de 1784 decidió viajar a Europa, para huir siempre de la persecución y acoso de la justicia española; desde entonces consideró a la democracia como algo que no iba con él, mantuvo la idea que el pueblo era ignorante y grosero, incapaz, por tanto, de regir los destinos de un estado y de una nación, pero fue en los Estados Unidos donde por primera vez contempló la posibilidad de emprender la liberación de la América española.



El primer país europeo que tocó fue Inglaterra, en principio se concentró en redactar una representación a Carlos III para que lo eximiera del cargo en el ejército, solicitó se le cancelasen 8 000 pesos de sueldos atrasados, y pidió perdón por sus erradas actuaciones en Cuba y su desertión. Entró en comunicación con Jeremy Bentham, y se hizo amigo del embajador de España en Londres, Bernardo del Campo, pronto advirtió que la Corona española lo quería detener. El 9 de agosto de 1785 partió a Holanda, dando inicio a un largo viaje para evitar a la justicia española que lo acusaba de espía, traidor y estafador, y que pese a su permanente movilidad siempre lo vigiló.

El periplo duró 46 meses, por un total de 112 ciudades europeas, donde conoció y entró en relación con diversas figuras del panorama intelectual y político; con esas personalidades habló, con informalidad, sin comprometerse, sobre la posibilidad de estimular el levantamiento de las colonias españolas. Siempre con su modo de vida sibarita

y hedonista, protegido y apoyado por altas personalidades, mantuvo gran cantidad de aventuras eróticas, siendo la más significativa en Kiev, en donde el 14 de febrero de 1787 conoció a la zarina Catalina II, de 57 años, pero todavía atractiva, a quien se propuso conquistar, lo que logró finalmente en Moscú.

El 18 de junio de 1789 arribó a Londres, donde, una vez instalado, volvió a insistir, ante las autoridades españolas, en especial ante el conde de Florida-Blanca, para resolver sus problemas. Diligencias que no surtieron ningún efecto, por lo que renunció de manera definitiva a su cargo en el ejército y a su nacionalidad española. Retomó su placentera vida, pero adelantó algunas gestiones, sin mucho éxito, para adelantar la revolución de las colonias. El 20 de marzo de 1792 abandonó Londres para dirigirse a Francia, arribó a París y se puso en comunicación con miembros del partido de la Gironda, se vinculó al ejército, y asistió a los salones de la mayoría de las personalidades del momento, en una de esas reuniones conoció a Napoleón Bonaparte. Por seguridad, se instaló en Rouen, y siempre contempló la posibilidad de retornar a Rusia, pero, cuando tenía decidido el viaje, las fronteras francesas se cerraron, y muy a su pesar se involucró de lleno en los hechos revolucionarios. Gracias a sus amistades, a pertenecer a la masonería, y a su magistral verbo, pronto fue nombrado mariscal de campo para contener una posible invasión austriaca, se desplazó entonces al frente de batalla, el 12 de septiembre dirigió un primer combate, el de Briquenay, en el que resultó victorioso; más adelante participó en la famosa batalla de Valmy, con la que la Revolución se vio fortalecida y dio pie para que la monarquía fuera abolida en Francia, como Miranda se destacó fue ascendido a teniente general y se le destinó al ejército del norte.

Francia tuvo interés en arrebatarle las colonias americanas a España, el ministro Brissot diseñó un plan que debía iniciarse en Santo Domingo, desde allí partirían los ejércitos franceses para derrotar los españoles; consideró que el más apropiado para dirigir esa empresa era Miranda, pero el flamante teniente general no comprendió la importancia de la propuesta

y la objetó, considerándola como un despropósito, y gracias a su verbo logró que la idea no tuviera realización. El 21 de enero de 1793 el monarca Luis XVI fue guillotinado, a Miranda se le ordenó que atacara y tomara Amberes, lo que cumplió en forma exitosa, lo que capitalizó para hundir de manera definitiva la idea americana. A fines de febrero Miranda, por órdenes de su jefe el general Dumouriez, inició el sitio de Maastricht en el que fracasó, y ante el avance de un nutrido ejército de 35 000 austriacos decidió replegarse a Tongeren, luego a Lieja y a Neerwinden, en donde fue derrotado, y tuvo que viajar a París a afrontar un juicio por la derrota.



Afrontó el juicio con tranquilidad y convencimiento, pero varias circunstancias, entre ellas la influencia del jacobino Marat, lo fueron complicando; sin embargo, el 16 de mayo de 1793 fue absuelto. Prudentemente se marginó de la actividad política y pública, desde su obligado retiro se enteró de la caída de sus amigos los girondinos y de nuevo fue encarcelado, el 9 de julio, por el Comité de Salud Pública; el 16 de octubre fue degollada la reina María Antonieta, a lo que continuó una serie de ajusticiamientos de la mayoría de sus amigos girondinos. Miranda logró sobrevivir de milagro a los álgidos seis meses del Régimen del Terror; una vez que cayó Robespierre, quien lo tenía en la mira para decapitarlo, no recuperó su libertad, solo la obtuvo luego de mucha presión de algunos influyentes amigos, el 17 de enero de 1795. Al salir de la cárcel, envejecido, trató de retomar el ritmo de su frenética vida, aunque, al principio, con cierta mesura. Se vinculó a los salones, se le acusó de ser espía inglés,

escribió y publicó un folleto, *Opinión del general Miranda sobre la situación actual de Francia y sus remedios convenientes a sus males*, en el que sentó su posición, nostálgica, muy propia de un liberal aristócrata, frente al giro que había dado la Revolución luego de 1792 y en especial criticó lo sucedido en tiempos de Robespierre, escrito que generó, de nuevo, su detención, como las pruebas que lo acusaban de conspirador no fueron contundentes obtuvo su libertad, pero fue expulsado de Francia y retornó a Inglaterra.

La segunda parte del libro tiene un giro, Paz Otero muestra a un Miranda a veces reposado, que concibió dos hijos, Leandro y Francisco, con la escocesa, de origen judío, Sarah Andrews. Recrea las circunstancias europeas que contribuyeron a las proclamaciones o “gritos” de independencia de las colonias. Se centra en la loca aventura revolucionaria de Miranda en pro de la independencia de las colonias americanas. Una vez que se instaló en Londres, Miranda entró en conversaciones con el ministro Pitt sobre la posibilidad de que Inglaterra financiara sus proyectos liberadores, al respecto también escribió a algunas autoridades estadounidenses. No logró mayor cosa, solo un sueldo como teniente general, pero se le impidió salir del territorio inglés, por ese entonces ya se le consideraba como un aventurero, mercader de información, etc. No obstante, en el imaginario de los suramericanos era toda una leyenda, por lo que los emigrantes de la parte sur del continente americano siempre lo buscaron, con el fin de encontrar en él un apoyo a la causa de la independencia.

La amistad y trato con los suramericanos le sirvieron para actualizarse sobre la realidad de las colonias, a fin de cuentas desde su fugaz estadía en Cuba no había vuelto a tocar el continente. Entre esos jóvenes que lo buscaron, bien fuera como consejero, protector, maestro o amigo, se destacan el chileno Bernardo Riquelme, conocido en la historia como Bernardo O’Higgins, los neogranadinos Pedro Fermín de Vargas y Antonio Nariño. De alguna forma, el papel de precursor lo cumplió con ellos a través de la logia Lautaro, en la que confluyeron, en diversos tiempos, las futuras personalidades de la independencia americana.

Luego de una fugaz y triste permanencia en París, de retorno a Londres, a fines de marzo de 1801, intentó una nueva conversación con el nuevo primer ministro Henry Addington, quien se interesó por los planes libertarios de Miranda para la América Meridional, pero que al igual que Pitt no le definió nada. En la espera por una respuesta del alto gobierno, se relacionó con otros ingleses, con intereses en la independencia americana pero ávidos, si esa se concretaba, de conseguir prebendas comerciales. En diciembre de 1804 se desató una nueva guerra entre Inglaterra y España, lo que le abrió nuevas expectativas a sus proyectos. Inglaterra le prometió una ayuda siempre y cuando consiguiera el apoyo de los norteamericanos; se embarcó para los Estados Unidos, a cuya costa arribó el 9 de noviembre de 1805, y logró entrevistarse con el presidente Thomas Jefferson, masón como él, no logró mayor cosa en apoyo económico pero sí un acuerdo tácito de no entorpecer sus planes. En Nueva York compró un pequeño barquito, el Leander, de 185 toneladas y consiguió una tripulación de mercenarios y aventureros, interesados en la paga mas no en el interés revolucionario de Miranda.

El 2 de febrero de 1806 partió la improvisada expedición revolucionaria con rumbo a las costas de Venezuela, en el puerto haitiano de Jacmel fue donde por primera vez enarboló el tricolor, y contrató dos goletas con las que completó su flotilla. Después de algunas indecisiones y problemas, a fines de marzo la flotilla revolucionaria de Miranda avistó tierras venezolanas, pero no logró desembarcar, perdió las goletas, la Bee y la Bachuss, y tuvo que replegarse al puerto de Bonaire y posteriormente a las islas de Granada y Barbados, posesiones inglesas, en las que planeó una nueva irrupción sobre las costas venezolanas, apoyado por nueve buques ingleses de guerra. Segundo intento que tuvo mejor resultado, pero que desilusionó al comandante Miranda pues, contrario a lo que él creía y esperaba, su tripulación no fue recibida ni masiva, ni triunfalmente, tanto en el puerto de La Vela, como en el de Coro. Ante el fracaso, se desplazó a Aruba.

En la caribeña isla el “ejército” se desbandó, los recursos económicos

se habían agotado, y la ayuda de los ingleses no fue clara. Se desplazó a la isla de Trinidad a esperar mejores condiciones, las que nunca llegaron y decidió retornar a Londres, a donde arribó el 21 de diciembre de 1807. Una vez allí, retomó su proyecto, se reunió con las autoridades inglesas, tratando de convencerlas, sin resultado positivo, de una nueva expedición revolucionaria. Sin embargo, la invasión napoleónica a España le significó a Miranda una nueva esperanza, pues los ingleses temían que las colonias terminaran en poder de Francia. Poco tiempo le duró la esperanza, pues los españoles se aliaron con Inglaterra para combatir a los franceses. A principios de 1809 algunos venezolanos lo convencieron para que comandara la lucha independentista, pero Inglaterra lo frenó. Fundó entonces el periódico *El Colombiano*, cuya primera edición, de 200 ejemplares, apareció el 15 de marzo de 1810. En los siguientes meses, el proceso revolucionario de las colonias se agigantó, en Venezuela apareció la figura de Simón Bolívar, que viajará a Londres, luego del “grito” de independencia en Caracas, el 19 de abril, y el establecimiento de la respectiva Junta de Gobierno, encabezando una misión diplomática con el objetivo de obtener el reconocimiento del nuevo gobierno, pero, el futuro Libertador tenía otro interés: conocer a la leyenda viviente de Francisco de Miranda y Rodríguez, a quien admiraba. El encuentro se dio el 13 de julio de 1810.



Esa primera entrevista transcurrió dentro de los trámites normales de un primer acercamiento, con diplomacia y sin hablar de nada trascendente, pero Miranda y Bolívar, cada uno por su lado, estaban interesados en la vinculación del primero al proceso

revolucionario. Pese a sus diferencias con la clase mantuana, Miranda comenzó a frecuentar los espacios donde confluían los miembros de la delegación venezolana. Pasados unos días, Bolívar le propuso a Miranda, adelantándole unos dineros, que viajara a Venezuela para que se hiciera cargo de la dirección del movimiento, lo que él aceptó, preparó su viaje y partió el 10 de octubre, veinte días antes Bolívar había hecho lo propio.

Al llegar a Venezuela se había suscitado cierta expectativa por el mito, la decepción fue grande pues el envejecido y cansado general no se sintió bien en su patria, se sintió desarraigado, lo que dejó traslucir, además no tenía nada claro respecto a las acciones a seguir en materia del proceso revolucionario. Con prontitud, Bolívar se decepcionó de su mítico héroe. Miranda firmó el Acta de Independencia en julio de 1811, se le comisionó para que afrontara la rebelión en Valencia, la segunda ciudad de la Capitanía, la que logró reprimir, la contrarrevolución se concentró entonces en Coro y Maracaibo. Procedente de España llegó Domingo Monteverde para emprender la reconquista, la que cumplió con presteza, y que no pudo impedir Miranda quien se había declarado dictador. Luego de alguna resistencia al avance de Monteverde, Miranda fue detenido y encarcelado, luego de estar en diferentes cárceles, murió, víctima de una apoplejía, solo y abandonado.

Así, el libro de Víctor Paz Otero desmitifica, humaniza un héroe y una leyenda, muestra sus peculiares experiencias, pasiones y ambiciones, elementos que le permitieron elaborar un armonioso cuadro estético, al reconstruir un modo de vida pretérito.

Del biografiado poco sabíamos, los tradicionales libros de historia patria, cuando esta se enseñaba en la primaria y secundaria, caracterizaban a Francisco de Miranda como un prócer de la independencia, que había participado en la Revolución francesa, y cuyo nombre estaba en el Arco del Triunfo; rápidamente despachaban sus intentos independentistas, y se enfatizaba en que había sido el primero en izar el tricolor; si acaso algún profesor chismoso comentaba sus relaciones, que solo fue una, con la zarina Catalina II de Rusia. Miranda, en la versión que nos

recrea Paz Otero, es el clásico hombre del antiguo régimen, con pretensiones aristocráticas, muy rococó si se quiere, que supo acomodarse y aprovechar las coyunturas de cambio que le tocó vivir. No fue un revolucionario que hubiese dedicado su vida al ideal de la revolución burguesa, ya que la democracia popular le resultaba incomprensible, nunca comulgó con la idea que el interés individual fuese relegado por el interés general, aunque promovió una nueva redefinición de las relaciones de poder entre los pueblos, pero sin cuestionar el poder de los imperios y del despotismo ilustrado. Luchó, movido por el resentimiento, por arrebatarle las colonias americanas a España, pero “hipotecando” las nuevas naciones al creciente poderío inglés.

José Eduardo Rueda Enciso

Profesor titular, Escuela Superior
de Administración Pública

Novela entre otras

Abraham entre bandidos

TOMÁS GONZÁLEZ

Alfaguara, Bogotá, 2010, 212 págs.

DESDE QUE leí *Primero estaba el mar* en una bella y discreta edición aparecida hace años en *Los papeles del goce*, publicaciones casi clandestinas que hacía y aún hace Gustavo Bustamante, el dueño de El Goce Pagano, el legendario bar de salsa que fuera guarida de la bohemia bogotana de las décadas de los setenta y los ochenta, supe que con esa hermosa novela mi generación había saldado de cierta manera una deuda con su pasado, pues esa narración nos incluía a todos. El argumento es más o menos éste: un muchacho que regresa de estar unos años por fuera del país se va a Urabá, en un arrebato romántico, a vivir con su compañera en una propiedad de su padre con el ingenuo propósito de cultivar la tierra y sacar de esas labores el sustento. El desenlace no lo refiero aquí para no malograrle la lectura a los posibles lectores de esta pequeña obra maestra que recomiendo altamente. He sido a partir de esa primera lectura un lector fervoroso de los libros de